

Cuentos en la Marea

Camila Pérez Schunk

✉ cami@enlamarea.net

👍 /camichan.17

© 2017– En la Marea <http://enlamarea.net>



Índice general

1	Allí donde muere el sol	5
2	En la oscuridad del faro	19
3	Visitantes	33
4	Ciruelas	41
5	Dentro del Viento	51

Allí donde muere el sol

Solo, rodeado de máquinas ruidosas en un hospital cualquiera, supo que se estaba muriendo. No era sorpresa ya que fumaba excesivamente desde los quince años. Lo que más lo sorprendía era haber sobrepasado los treinta y cinco, así que se consideró satisfecho.

A los pocos minutos ingresó por la puerta de su habitación una mujer joven ataviada con un tapado rojo que le llegaba a las rodillas. Llevaba el pelo negro, corto y enrulado. Él la recordaba de algunas reuniones familiares en casa de sus padres donde ella había mencionado ser una “doula de la muerte”, algo de lo que él no tenía la menor idea ni ningún interés por preguntar. Pero sus padres preguntaron, como era de esperarse, y ella explicó que era una acompañante para el final de la vida, para apoyar y guiar a las personas a través del proceso de la muerte. Nunca pensó que sería ella quien estaría ahí cuando fuera él quien estuviera muriendo, pero supuso que sus padres no eran lo suficientemente fuertes para afrontarlo.

Mientras sus pulmones hacían el último esfuerzo por respirar y cedían finalmente a su destino, apretó fuertemente el puño derecho.

Luego el *rigor mortis* se ocuparía de que no soltara su contenido. Hasta entonces, tenía que concentrarse.

El ruido de las máquinas se volvió insoportable y su visión se nubló casi por completo. En la ventana, una mancha negra que parecía un ave se movía, inquieta. Mientras su corazón dejaba de latir definitivamente, pudo ver cómo el cuerpo de aquel animal se expandía y se volvía cada vez más antropomórfico, sin dejar de lado los movimientos típicos del ave que había sido. Se quedó sentado en el alféizar, mirando hacia fuera, como si no le interesara lo que fueran a hacer con el cadáver. Llevaba una capa larga y negra sobre los hombros.

La mujer que lo había acompañado en los últimos días de su vida apoyó su mano sobre la de él y lloró lágrimas que parecían sinceras, corriéndole el pelo largo y lacio de la cara, a pesar de que ambos eran poco más que desconocidos. Ella notó que sus dedos estaban tiesos, lo cual no era normal tan poco tiempo después de muerto. Él se concentró en mantenerla fuertemente apretada, aunque la conexión entre su cuerpo físico y su alma se estaba diluyendo. Pero fue suficiente. Ella quiso abrir sus dedos pero no lo consiguió, y él supo que eso era lo más importante. Esta vez tenía que conservarla él.

—Todos morimos solos —dijo de pronto el ser que estaba sentado en la ventana, ahora con las piernas colgando hacia el interior de la habitación y mirándolo a los ojos—. Eso dicen, ¿no?

Se rió. Mientras tanto, los médicos entraban para determinar la hora de defunción y prepararlo para que la familia luego decidiera cómo honrarlo debidamente.

—Pero no tú —siguió la criatura misteriosa; tenía rasgos afales para ser un hombre pero su postura era la de un guerrero—; no Occidens, sea cual sea tu verdadero nombre. No recuerdo una muerte tuya que hayas transitado en soledad.

Occidens, de pie junto a la puerta observando su propio cadá-

ver, sonrió levemente, torciendo sus labios hacia un lado en una mueca extraña.

—Disantea. Debí suponerlo —dijo con una voz grave y profunda, como si hiciera muchísimo tiempo desde que había hablado por última vez—. Siempre tú, aunque no tiene sentido esta vez porque no me sacrificué.

Lo miró a los ojos y un resplandor dorado surgió del fondo de ellos. Disantea le sostuvo la mirada con sus ojos negros que parecían no tener fin.

—Tu muerte siempre será un sacrificio. No sé quién eres, pero sé que este no es tu lugar.

El cuervo utilizó los pies que le confería su nueva forma para acercarse a la cama donde yacía el cuerpo sin vida. Occidens, o al menos la parte de él que estaba viva en algún lugar, se hizo a un costado de la puerta cuando los médicos empezaron a entrar y salir. Disantea se sentó del lado izquierdo del cuerpo y lo observó ladeando la cabeza como si buscara identificar a qué especie pertenecía.

Mientras tanto, la doula hablaba con una enfermera que le había preguntado por qué había elegido aquella extraña profesión. Occidens escuchaba porque seguía sin entender del todo.

—Estamos increíblemente pendientes cuando un niño está por nacer. Nos peleamos por ser los primeros en tocarlo, en sostenerlo. Creo que es nuestra obligación estar ahí no sólo cuando todo comienza sino también cuando la luz se extingue, el instante en que cerramos esta etapa para comenzar un camino nuevo. Son momentos de transición que no deberían ser tomados a la ligera ni condenados al abandono y la soledad.

Occidens sonrió con ternura mientras la miraba, aun sabiendo que ella no lo veía. En la cama, Disantea estaba mirando con curiosidad el puño cerrado que descansaba sobre las sábanas. Acercó

su mano y, sin esfuerzo, fue abriendo los dedos uno por uno. Occīdens bufó cerca de la puerta y apretó los puños con fuerza. Sobre la palma abierta había una pequeña piedra de color grisáceo cuya forma recordaba vagamente a una pirámide mal construida.

El cuervo la tomó con cuidado y clavó sus oscuros ojos en Occīdens, quien de nuevo le sostuvo la mirada con orgullo. Cuando parpadeó y volvió a abrir los ojos, se encontró lejos del hospital donde había muerto: corría una brisa otoñal que le dio un escalofrío y a su alrededor había un grupo de personas que él conocía vestidas de negro, congregadas alrededor de un gran pozo en el suelo.

—Mientras llevaban a cabo tu purificación del otro lado, aquí los vivos se encargaron de vestirte con las ropas que elegiste y poner en tu ataúd las pertenencias que querías llevarte —dijo Disantea; le sorprendió su presencia a su lado, estaba sentado sobre el césped—. Fue una buena idea pedir que no te embalsamaran. Tantas sustancias químicas y vaciados desagradables sólo para que algo parezca bello cuando no lo es.

Pensativo, Occīdens miró hacia el ataúd y la idea de aquellas prácticas le trajo innumerables recuerdos.

—Por cierto —la insaciable curiosidad de Disantea volvió a sacarlo de sus pensamientos—, devolví tu roca misteriosa. Creo haberla visto antes. ¿Para qué la necesitarías luego de muerto?

Occīdens no contestó. Su mirada estaba fija en las personas de negro que lloraban mientras echaban paladas de tierra sobre el ataúd donde moraba su cuerpo. Se acercó con pasos rápidos hasta donde estaban, pero ninguno pareció percatarse de su presencia. Saltó dentro del hueco y una vez en él, apoyó la mano derecha sobre la tierra. Poco a poco fue atravesándola como si sólo se tratara de humo, y así también traspasó el cajón de madera hasta que sus dedos tocaron lo que buscaba. Reconocería esa piedra entre mil piedras idénticas. La tomó con fuerza, volvió a sacar la

mano con el puño cerrado y regresó junto al cuervo que miraba la escena divertido. Occĭdens, por el contrario, se puso muy serio.

Cuando estuvo junto a Disantea le hizo un gesto con la cabeza indicándole que abriera la mano.

—La necesito para recordar quién soy —dijo Occĭdens, sopeando cada palabra—. Esta piedra sabe mi verdadero nombre.

Entonces soltó la pequeña roca sobre la palma abierta del cuervo, la cual cayó lentamente, como si algo la estuviera frenando, desafiando la gravedad. Luego de unos segundos, la piedra se precipitó con fuerza hacia su mano y Disantea sintió que el peso de una montaña le caía encima y lo arrastraba con él hacia abajo.

Cuando el peso se aligeró y pudo reincorporarse, miró la mano donde tenía la piedra, pero ésta ya no estaba. Observó los alrededores y descubrió con sorpresa que ya no estaban en el mismo sitio. Allí la zona era boscosa y en los alrededores había montículos de diversos tamaños. A lo lejos, entre dos árboles, surgía de la tierra una enorme columna de humo negro y gris.

—¡Eras Vest en esta vida! —dijo Disantea dando un salto—. Lo recuerdo.

Occĭdens mostró su extraña sonrisa y juntos caminaron hacia el lugar donde estaban cremando su cuerpo. Los túmulos que estaban allí eran enormes y los árboles surgían de sus amplias curvas sin respetar la perpendicularidad con respecto al suelo, lo cual les daba un aire retorcido de pesadilla.

Cuando llegaron a la pira, vieron que había varias mujeres y hombres congregados alrededor con ropas vikingas. Cuanto más alto llegara el humo, más se elevaría el muerto hacia la vida después de la muerte. Disantea y Occĭdens se sentaron en un túmulo cercano para observar el ritual.

Vest había sido un herrero reconocido y amado por su pueblo, así que varias de las mujeres acomodaban sus herramientas a su

alrededor mientras el fuego iba consumiéndolo todo. Una de sus *thralls*¹, cuya piel era blanca como la nieve, se ofreció a morir con él. No habló más de lo necesario y se entregó al sexo ritual con los hombres del clan para honrar al difunto como era costumbre en aquellos tiempos.

El cuervo la observó mientras los hombres abusaban de ella descontroladamente y en un movimiento brusco vio que una cuerda que colgaba de su cuello se descubrió de las ropas que la ocultaban. Atada a ella sin mucho arte estaba la piedra piramidal de Occidens. El cuervo miró a su acompañante con asombro y cierta suspicacia.

—Ella me devolvió mi nombre y me recordó de dónde vengo—dijo él; sus ojos denotaban cariño por aquella muchacha.

El ritual siguió y al día siguiente la esclava fue arrojada a la pira mientras cantaba frenéticamente luego de haber ingerido varias bebidas. Luego del séptimo día, se realizó una celebración con un gran banquete y libaciones rituales. Colocaron entre los túmulos ya existentes el barco que le había pertenecido a Vest y sobre él, las cenizas de los dos cadáveres y el resto de sus pertenencias que no habían ardido.

Disantea se acercó mientras lo hacían y, antes de que comenzaran a tapar todo aquello con rocas y tierra para formar el túmulo final, escarbó con los dedos entre las cenizas hasta encontrar la piedra. La tomó con fuerza y de nuevo el peso lo arrastró.

Cuando tuvo consciencia de nuevo, una niña estaba contando una historia mientras un viento gélido azotaba cada parte de su cuerpo y de los pastizales bajos que lo rodeaban. Rodeaban a ambos en realidad, porque Occidens por supuesto seguía allí con él, observándolo todo como si se tratara de las vidas de alguien más.

¹Un esclavo o esclava en la cultura escandinava durante la Era Vikinga.

—Yo creo que Iar murió en batalla sólo porque es nuestra versión de la mejor muerte posible, sino quizá hubiera elegido otro modo —dijo la niña, que hablaba con una mujer mayor mientras ordenaban una pila de rocas; se desenvolvía como una mujer adulta a pesar de no tener más de ocho años—. Los escoceses estamos muy apegados a nuestras costumbres. Iar tuvo que enfrentar incontables tiempos de guerra y siempre fue un guía para todo el clan. Cuando los hombres estaban por partir hacia la batalla, cada uno tomaba una piedra pequeña y la dejaba en un lugar al costado del camino hasta formar un *cairn*². Al regresar, los que volvían tomaban una piedra, así las que quedaban eran las de los caídos y se dejaban allí en memoria de ellos. Iar fue conocido por acarrear grandes rocas por largos caminos, incluso cuando volvía exhausto de la guerra, para erigir *cairns* para cada persona que había caído en la batalla, cerca de sus hogares y no en la salida del pueblo como era costumbre. Cada vez que regresaba, repetía la misma frase: *Cuiridh mi clach air do chàrn*³. Todos lo adoraban. -La niña miró a lo lejos, adonde estaban parados Disantea y Occídens. Ellos dudaron si los estaba viendo o no. Sus cabellos rubios ondeaban en el agitado viento de la cima de aquella colina.

»Hace pocos días, Iar partió a la guerra como tantas veces antes, pero esta vez no regresó. Todos en nuestro clan subimos al día siguiente a esta colina con una pequeña roca. Al llegar a la cima, nos reunimos en un risco escarpado cerca de la cumbre, y colocamos nuestras piedras formando una enorme pila —siguió la niña; inspiró hondo antes de seguir, como si el dolor le apretara el pecho con fuerza—. Nuestros *cairns* no sólo conmemoran a los muertos, sino que señalan el camino, iluminan los pasos de otros que ya anduvieron por ahí. Entre la neblina, nuestras tumbas nos ayudan a seguir sin dejar de mirar el pasado que nos sostiene.

²Es un túmulo, habitualmente con forma cónica. Se encuentra normalmente en tierras altas, en páramos, en cumbres de montañas o cerca de cursos de agua.

³En gaélico: “Pondré una piedra en tu *cairn*”. Esto se decía para recordar y honrar a los muertos.

Con sus cabellos rebeldes y desordenados, la niña se acercó a la pila de rocas, rebuscó en el bolsillo de su vestido y sacó la piedra grisácea que tenía Occidens al morir en el hospital. Acarició sus bordes como si quisiera recordarla y la apretó entre sus manos pequeñas antes de dejarla sobre el *cairn*. Luego las dos mujeres se alejaron colina abajo.

—Ahora nadie sabe si el *cairn* de Iar es realmente su tumba o sólo una marca del final de la colina —continuó la niña—. Yo pienso que no tiene importancia y que toda tumba nos señala un camino.

Y si dijo algo más, ya se había alejado demasiado así que ellos no la escucharon.

Se acercaron hacia el montículo de rocas y esta vez Disantea no se tomó mucho tiempo para agarrar la piedra de Occidens.

Cuando volvió en sí, el paisaje era desolador. Estaba caminando con su compañero por la vera de un río que parecía contaminado. Sus aguas eran negras y se movían como una masa sólida, como si hubiera algo ahí abajo que le impidiera fluir discurriéndose como un río debería hacer. La costa por la que caminaban estaba formada de arena de color gris oscuro, que se arremolinaba con las corrientes frías que parecían recorrer todo el lugar. Hacia el horizonte, los árboles se recortaban negros contra la luz mortecina de lo que parecía un atardecer infernal.

Delante de ellos caminaba un hombre anciano, de desaliñada barba y ropas deshilachadas. Se apoyaba sobre un bastón en la punta del cual viajaba un búho pequeño de plumas plateadas.

Disantea notó un movimiento leve en las aguas, una vibración apenas, y se acercó a la orilla para ver de qué se trataba. Al principio no vio nada. Pero cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad del agua pudo vislumbrar largas líneas de hilo negro que ondulaban en las profundidades. Empezó a seguir su recorrido con la mirada y cuando llegó al final descubrió que no eran hilos, sino

cabellos oscuros asidos a una cabeza muerta y espectral, cuyos ojos estaban abiertos en una expresión de dolor como él jamás había visto, a pesar de que su trabajo como cuervo y guía de almas lo enfrentaba a diario con la muerte.

El agua volvió a agitarse, esta vez más bruscamente, y cuando Disantea levantó los ojos vio que la barca de Caronte se acercaba con el barquero remando de pie en la popa. Era similar a una góndola, del color de la madera envejecida, y emitía ruidos perturbadores cuando golpeaba contra los cadáveres que flotaban en el río Aqueronte. Cada vez que lo hacía, una letanía de quejidos reverberaba en el agua con un sonido macabro y desgarrador. Disantea tuvo miedo de que el barquero lo estuviera viendo directamente a los ojos mientras se aproximaba a la orilla. Su barba larga y blanca, y su capa gris en jirones (quizá en algún tiempo había sido blanca también) le daban un aspecto muy similar al del caminante que habían visto antes.

Caronte llegó a la costa, donde la barca frenó al encallar en la arena con un golpe seco. Puso uno de sus pies descalzos en el agua negruzca del Aqueronte y pateó con el otro la cabeza del cadáver de una niña que se aproximaba hacia él antes de introducirlo también para caminar directamente hacia Disantea, que estaba paralizado por la presencia del barquero. Él se paró justo frente a su cara y el aliento fétido del anciano le generó náuseas.

—¿Sabes a qué se deben estas visitas inesperadas, Dýsi? —dijo Caronte.

El cuervo giró lentamente la cabeza hacia atrás para descubrir, con alivio, que ahí estaba el caminante con el búho y, a un costado, Occidens. Se movió del medio y los dos ancianos lo observaron.

—Todos somos acompañantes —se adelantó a responder Occidens—. Nada más. Pronto nos iremos.

Caronte le devolvió una mirada profunda y frunció el ceño en una mueca que mezclaba incomprensión y fastidio.

—Te conozco —dijo pronunciando cada sílaba muy lentamente—. Eres el primero de los occidentales —agregó; luego se volvió al anciano—. Dýsi, ya fue suficiente. Vagaste cien años por las costas devastadas de este inframundo por no traer contigo el óbolo para pagar tu pasaje. Ya es tiempo.

—Es lo justo —dijo el anciano caminante.

Luego sacó de sus harapos una bolsa pequeña de cuero gastado y sucio. Abrió su mano, de donde el búho gris tomó la bolsa con el pico y voló hasta donde estaba Disantea. Frente a él, el ave agitó sus alas con fuerza y se transformó en una mujer anciana de cabello muy blanco y ojos del color de aquella arena grisácea. Extendió su mano y Disantea tomó de ella lo que le entregaba. La mujer volvió a empequeñecerse y emplumarse en pocos segundos, posándose en el hombro del anciano que ya estaba caminando hacia la barca.

Caronte miró a Occĭdens antes de subir él también.

—Asimismo tu tiempo ha llegado. Es preciso que vuelvas, Anpu —dijo con voz gutural; luego les dio la espalda y ellos vieron cómo la barca se alejaba, perdiéndose en la neblina fantasmal de aquel lugar.

Cuando volvió a mirar a su alrededor, Disantea vio que Occĭdens lo miraba con impaciencia así que desató la cuerda que guardaba el contenido de la bolsa y vio que adentro estaba la piedra piramidal, tal como se había imaginado.

—Supongo que a esta altura no tengo opción, ¿cierto? —dijo, sonriendo.

Occĭdens también sonreía y en el interior de sus ojos volvió a brillar una llama ancestral. El cuervo tomó la piedra y esta vez el peso se mantuvo por mayor tiempo, hasta que cayó sobre la arena caliente del desierto. Occĭdens lo ayudó a incorporarse y le señaló una barca que estaba adentrándose en las aguas del Nilo, a pocos metros de donde estaban. En ella, una persona ya fallecida

comenzaba su último viaje hacia la ribera occidental del río, donde el sol moría. Ese lugar habían elegido los egipcios como morada última para sus muertos. Al igual que el dios Ra, que atravesaba el cielo durante el día y el mundo inferior durante la noche a bordo de una barca solar, también los egipcios emulaban este viaje ya que el asociarse al viaje perpetuo del sol, les permitiría a sus almas vivir eternamente.

Disantea miró con asombro cómo la barca iba acercándose suavemente hacia el fuego encendido del atardecer. Casi había olvidado que su compañero seguía a su lado. Occidens lo tomó de la mano y le dijo que lo acompañara, al mismo tiempo que la arena dorada bajo sus pies empezaba a alborotarse y dibujar un camino efímero sobre el agua. Caminaron hasta el otro lado del río cuyo azul se confundía con el rojo del sol muriendo en el horizonte.

Cuando llegaron a la otra orilla, la barca también estaba arribando. Se acercaron a ella y subieron por la pequeña escalera de madera hasta el interior. Allí yacía el cuerpo de un hombre adulto y a su lado el cadáver de un gato de cuyo collar colgaba una piedra que Disantea ya conocía muy bien. Los dos estaban embalsamados, olían a resinas y bálsamos, y sus cuerpos estaban vaciados. Las vísceras de ambos, también embalsamadas, descansaban en los vasos canopos que estaban a su lado. Cuatro de ellos tenían la tapa con forma de chacal y los otros cuatro, más pequeños, con forma de ibis. Un vaso contenía los pulmones, otro el estómago, otro el hígado y otro los intestinos, representando respectivamente los puntos cardinales norte, este, sur y oeste. Los egipcios consideraban el corazón como el refugio del alma, por lo tanto éste se conservaba en el cuerpo protegido por un amuleto con forma de escarabajo.

Disantea miró a Occidens y se dispuso a tomar la piedra, sabiendo que era la última vez. No sintió el peso ni la caída, pero pronto las arenas que antes los habían transportado volvieron a elevarlos del suelo y así surcaron el desierto por el aire hasta llegar

a un espacio yermo donde no había más que una roca piramidal que les llegaba hasta las rodillas. Estaba grabada por todos sus costados y era de un color oscuro que no se parecía a ningún otro que el cuervo hubiera visto. Occīdens se arrodilló junto a la piedra, apoyó su mano izquierda en el lateral que estaba orientado al Oeste y soltó un aullido desgarrador, luego se alejó unos metros. A los pocos segundos Disantea sintió un viento fuerte y cálido por la espalda, y se volteó a mirar el atardecer. Recortado contra el incendio que se extendía más allá del Nilo, se veía la figura de un ave volando en dirección adonde ellos estaban. Los rayos del sol se mezclaban con sus plumas creando un efecto hipnótico de sobrecogedora belleza.

Al poco tiempo estuvo frente a ellos y se posó sobre la piedra que Occīdens había tocado. Era enorme, al menos tres veces más grande que la roca, y sus plumas eran de un color extraño que a veces parecía gris profundo y a veces púrpura. Disantea reconoció en los movimientos rápidos del pájaro, los de la niña que contaba la historia de Iar; en sus alas, las plumas que tenía el búho de Dýsi; en su postura, la elegancia de la doula del hospital; y en sus ojos, el color de aquellos que tenía el gato embalsamado.

—El pájaro Bennu es el alma de Ra —dijo Occīdens, que había permanecido en silencio la mayor parte del viaje, mientras lo contemplaba—. Estamos en el lugar más sagrado de la tierra, la primera montaña que surgió del océano primordial, donde se posa el ave que se creó a sí misma.

Le hizo una seña a Disantea para que le devolviera la pequeña piedra que había llevado consigo desde hacía tanto tiempo. El cuervo así lo hizo, todavía con los ojos fijos en el ave que tenía delante. Sentía que una fuerza inexplicable lo hermanaba con ella. Occīdens se rió, como si leyera sus pensamientos.

—La roca Benben provino de las estrellas —siguió Occīdens, acercando la pequeña piedra hacia aquella donde estaba el ave; con cuidado, logró encastrarla en una de las grietas donde cabía

perfecto—, y esto es tan cierto como que surgió del océano. Al fin y al cabo, aquí estamos inmersos en aguas que desconocemos.

Mientras decía aquello último miró al cielo. El pájaro Bennu, también con la vista hacia lo alto, envolvió con sus gigantescas alas la piedra sagrada y de su interior surgió fuego que fundió de nuevo el trocito de roca que Occidens había estado cargando. Cuando el ave abrió sus alas hacia el firmamento pareció salpicarlo de estrellas, como si antes no hubieran estado allí, como si cada luminaria hubiera surgido del fuego de su plumaje.

Disantea miró a Occidens, que seguía mirando el cielo casi tan sorprendido como él, y reconoció en su cara que tenía por delante un viaje inminente. Vio que su piel se oscurecía hasta coincidir con el color del cielo nocturno en sus horas más negras y su cabello se acortaba hasta casi desaparecer.

—¿Quién eres? —preguntó el cuervo. Occidens sonrió y Disantea vio de nuevo el fuego en sus pupilas cuando lo miró.

—Soy un juez y el fuego. Soy el primero que vino del Oeste y el primero que fue allí donde muere el sol. Así como Bennu es quien guía a los dioses en la Duat, en el inframundo, yo soy un psicopompo y tengo que volver adonde es mi lugar —dijo, luego hizo una larga pausa antes de continuar—. Nadie muere solo así como nadie camina en soledad, ni siquiera en los intrincados caminos de la muerte.

Disantea se quedó pensativo un momento.

—“Todos somos acompañantes. Nada más” —dijo luego de unos segundos—. Eso dijiste, ¿verdad?

Occidens sólo se limitó a torcer sus labios en aquella mueca extraña y llamó al ave a irse con él. Le hizo una reverencia al cuervo, que de nuevo tomó su forma de pájaro negro, y comenzó a caminar en dirección al Oeste. En el cielo, sobrevolando su camino, el ave Bennu se confundía con las estrellas. En el suelo, sobre la arena del desierto donde prácticamente no quedaba luz, aquel ser

de piel oscura caminaba lentamente.

Cuando el pájaro gris cantó en la lejanía, tal como había cantado al crearse el mundo para dar inicio al tiempo, un nuevo ciclo comenzó. Y en el horizonte, donde la luz se extinguía para dar paso a la noche, Disantea miró caminar a quien lo había acompañado y le pareció que era más un chacal que una persona, y pensó que tal vez cuando caminamos hacia el ocaso nuestro verdadero nombre no es tan importante.

En la oscuridad del faro

Basada en historias y leyendas reales.

“Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro, veinticinco, veintiséis, veintisiete, veintiocho, veintinueve, treinta, treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta, cuarenta y uno.”

Se frenó abruptamente. Miró a su izquierda. Ahí estaba el depósito; todo estaba en orden. Siguió caminando por las escaleras que llevaban a lo alto de la torre. Y siguió contando en su mente.

“Cuarenta y dos, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco, cuarenta y seis, cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta, cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres, cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco, cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta, sesenta y uno, sesenta y dos.”

Miró a sus pies, apoyados en el sexagésimo segundo escalón:

quedaba aún otro peldaño para llegar.

– No puede ser – dijo en voz alta.

Había subido miles de veces a la sala de la linterna del faro y sabía que eran exactamente sesenta y dos los escalones que llevaban hasta allí. Pisó el escalón que sobraba, con temor, y entró.

La luz del faro estaba apagada y por los vidrios de la sala entraba el resplandor del sol iluminándolo todo. Se sorprendió, ya que estaba segura de haber subido las escaleras mientras reinaba la noche. No se escuchaba rugir el mar en la distancia, que era lo usual desde ahí. Todo parecía estar en calma.

A través de los vidrios y espejos de la lámpara, al otro lado del cuarto, se adivinaba la figura de un hombre alto de espaldas que miraba hacia afuera. Lys pensó que se parecía mucho a su marido, pero no podía ser porque él estaba muerto.

Trató de vislumbrar quién era pero el vidrio diluía los contornos y no le permitía ver con claridad al otro. Lentamente el misterioso ser comenzó a voltearse hacia donde estaba ella y un sinfín de cabellos blancos, largos y muy finos se distribuyeron sobre sus hombros y cayeron hasta su espalda. La mujer intentó escapar pero estaba paralizada, sus músculos no le respondían. La criatura, con el rostro cubierto por su cabello, extendió una huesuda mano hacia ella y le aferró la muñeca izquierda.

El fuerte agarre la despertó. Sentada en su cama, Lys se apretó la muñeca y miró a su alrededor, pero allí no había nadie.

Desde que su esposo muriera, dos semanas atrás, las pesadillas no la habían abandonado. Algunos personajes, como este delgado ser de cabello blanco, eran recurrentes. Tanto que a veces temía encontrárselos en verdad en alguna de las habitaciones del faro. Y no era cualquier faro sino el que se hallaba en la roca de Tevenec, en medio del océano, a largos cinco kilómetros de la costa de la Pointe du Raz. Uno de los puntos más temidos en el Mar de Iroise por los incontables naufragios que ocurrieran allí desde tiempos

inmemoriales. Todas las corrientes llevaban a los barcos directo a Tevennec, hacia una muerte inexorable contra las rocas.

Cuando el dolor de su muñeca disminuyó, Lys se levantó de su cama en una de las habitaciones contiguas a la torre del faro. Todo estaba oscuro, excepto por un débil haz de luz verdiazul que se filtraba por las hendidias de los postigos de la ventana cercana adonde ella dormía. Sólo por aquellos destellos, que ni siquiera eran constantes, sabía que era de día.

El resplandor que viera empezó a desvanecerse muy despacio, como las luces del atardecer, y ella supo que era otra ola que arremetía contra el faro. Hubo un rugido grave y profundo antes de que el agua estallara como una tormenta sobre el lado este de la imponente construcción. Luego la corriente se retiraba de nuevo hacia las profundidades del mar mientras que las olas caían en catarata por las paredes exteriores.

Antes de que falleciera Maël, los días de tormenta y vientos descontrolados eran muchos. Eran contados los momentos o, con suerte, días enteros en los que podían abrir las ventanas, dejar que entrara la luz o incluso salir a caminar por la terraza y las inmediaciones de la residencia. Pero las mareas parecían contagiarlo todo con sus ciclos y en cada semana había siempre uno o dos días en los que volvía la calma. Días que renovaban el aire encerrado en el faro y en cuya espera era más tolerable afrontar los tiempos de oscuridad.

Cuando murió su esposo, sin embargo, se desató una tormenta inclemente que no había aminorado desde entonces. La luz no parecía tener intenciones de volver. Sin descanso, las olas se estrellaban con violencia, una y otra vez, sobre la terraza, las paredes y la torre del faro.

– Las olas quieren limpiar la muerte que hace tanto tiempo se aloja en esta roca maldita – solía decir Maël cuando Lys se asustaba de la furia del oleaje, con una sonrisa que contrastaba

con la oscuridad del pasado que mencionaba – , pero Ankou vive aquí, y a la muerte nunca la doblegarán las olas.

Maël siempre había querido que lo trasladaran al faro de Tevennec. La idea de vivir en medio del mar, aislado de la civilización, siempre le atrajo. Sólo Lys lo enraizaba en la costa; por eso no dudó cuando le ofrecieron ser el primer farero en vivir en Tevennec llevando a su esposa. Sabía que ella lo acompañaría hasta los confines del mundo. Hasta entonces los fareros habían vivido allí solos, para terminar enloqueciendo sin remedio, abandonando su puesto a las pocas semanas o víctimas de una muerte inexplicable. Pero él no le tenía miedo a la muerte ni a la locura. Bien sabía que a veces era el costo a pagar a cambio de la vida en el mar, y él estaba dispuesto.

Quizá justamente porque no le tenía miedo a la muerte, ésta lo encontró muy pronto. Un extraño día de sol, cuando hacía sólo tres semanas que se habían instalado en el faro, Maël se había sentado en una de las rocas donde terminaba la pequeña isla. Lys lo observaba desde la terraza mientras él miraba el océano en su inmensidad. Rápidamente el oleaje empezó a revolverse de manera violenta y una gran ola lo empujó con fuerza desde donde estaba hasta la pared más cercana del faro.

Su esposa, desde la altura, sintió el golpe seco contra el granito y corrió por la terraza y luego escaleras abajo para encontrar a Maël tirado boca abajo sobre las rocas, inmóvil. Se acercó con cuidado porque las piedras estaban cubiertas de musgo y resbaladizas. Cuando llegó junto a él le habló, pero fue en vano. Lo tomó por la nuca y por el hombro derecho, y lo volteó. Pero era demasiado tarde; la sangre brotaba de una enorme herida en su cabeza y su corazón ya no latía. Lys se abrazó a su cuerpo sin vida y lloró como nunca había llorado.

Mientras tanto las olas siguieron creciendo y agitándose impetuosamente, con el viento azuzándolas desde lo alto y una fuerza implacable que parecía empujarlas desde lo más profundo del mar,

hasta convertirse en la tormenta de la cual Lys aún no había visto el final, así que se secó las lágrimas y se cargó el cuerpo sobre la espalda para llevarlo de vuelta al interior. Trepar las rocas y transportarlo escaleras arriba fue un trabajo arduo, pero las semanas previas ayudándolo en las tareas forzosas que implicaba la vida en el faro habían servido para desarrollar habilidades que ella desconocía.

Cuando llegó a la terraza lo apoyó con cuidado en el suelo y le limpió con la tela de su vestido la sangre del rostro, mientras en su pecho iba creciendo un profundo dolor frente a una realidad inevitable que no sólo la despojaba para siempre de la persona que más amaba, por la que lo había dejado todo, sino que la dejaba sola en el purgatorio de Tevennec. Recordó con angustia a los fareros que habían estado antes, los que habían muerto, y a todos los naufragos que murieron previamente a que el faro existiera siquiera. Sintió una energía intensa que la rodeaba, como si todos estuvieran allí; como si su esposo no fuera *uno más*.

Las olas rugieron más cerca de donde estaba y escuchó un susurro que se desprendía de lo profundo del mar.

*Kerz Kuit*¹, *Kerz Kuit*, escuchó y tuvo miedo; sintió que había alguien más en la isla, una oscura presencia que reptaba por debajo de la roca. *Kerz Kuit*, *Kerz Kuit*, susurraba desde las profundidades, y el sonido parecía rodear el faro por todos sus costados. Sobresaltada, se alejó de su marido y se acercó al borde de la terraza. El agua estaba subiendo y las olas eran cada vez más altas; muy pronto llegarían a la terraza e incluso más alto. Volvió a cargarse a Maël sobre la espalda y lo llevó hasta el interior donde, sin soportar ya el peso de su cuerpo, lo arrastró el trecho que faltaba hasta el sótano que era el único lugar donde podría retardar la descomposición del cuerpo. Sabía que arrojarlo al mar, como ella y seguramente también él hubieran querido, no era una opción ya que podrían culparla de asesinato.

¹Significa “vete” en idioma bretón.

Kerz Kuit, Kerz Kuit, seguía escuchando. Una y otra vez, las voces parecían formar un coro demoníaco que lo envolvía todo y le daba escalofríos.

Dejó el cuerpo y se apresuró a cerrar todas las puertas y ventanas del faro y la residencia. Caminó por los pasillos verificando cada hendidura por la que el agua pudiera filtrarse y siguió en las habitaciones hasta que todo estuvo sumido en la oscuridad.

Los días, tan parecidos a la noche en su negrura, se sucedieron uno tras otro. El único lugar donde podía salir al exterior, sólo cuando el viento amainaba levemente, era el balcón de la sala de la linterna. El resto de las habitaciones seguían cerradas a cal y canto para evitar que las olas que arrastraban las viles corrientes del Raz de Sein lo destruyeran todo.

Lys siguió sintiendo que bajo las rocas, en algún recoveco escondido, algo oscuro se estaba fortaleciendo. La muerte de Maël le había infundido corporalidad y vigor. Ella no podía verlo, pero su presencia era tan real como la marea, e igual de salvaje.

Las pesadillas persistieron desde el primer día así como las voces graves que le instaban a que se fuera de allí. Ya estar sola en aquel lugar infernal era suficiente tortura, pero cuando se hubo acostumbrado relativamente a esta nueva situación, su carácter se fortaleció y esto la llevó a determinar que todo era producto de su mente, trastornada por la soledad y el encierro.

Hasta que, el día en que soñara con aquel ser en lo alto del faro, las cosas cambiaron. Aquello que estaba en las profundidades fue buscando desplegarse hacia la superficie.

Después de levantarse de la cama aquel día, caminó hasta la cúpula del faro llevando una vela en la mano y esta vez la cantidad de escalones era la correcta. Una vez en la sala de la linterna se ocupó de apagar la lámpara y cubrirla como hacía cada amanecer para que los rayos del sol no dañaran los aparatos colocados dentro de la óptica. Dejó la vela en el suelo, salió al balcón y miró

hacia arriba. La bandera que había colocado cuando Maël murió, que indicaba que necesitaba asistencia urgente, seguía en su lugar flameando con fuerza en el viento. Lys sabía, de todas maneras, que el acceso a Tevenec era imposible cuando arreciaba una tormenta de tal magnitud, así que no le quedaba más que esperar que los víveres le alcanzaran hasta que eso sucediera, ya que los barcos con suministros tampoco podían acercarse a la roca en tales circunstancias.

Se apoyó sobre la baranda y el viento hizo que su pelo se arremolinara sobre sus hombros. *Kerz Kuit, Kerz Kuit*, comenzaron a sonar las voces desde muy abajo, más allá del agua y la piedra. Pero ella no tenía cómo irse.

Después de unos minutos volvió a entrar a la torre y bajó hasta el sótano. Cuando estuvo frente a la puerta cerrada, respiró hondo y se colocó un pañuelo sobre la boca que luego ató en la nuca. La vela iluminaba la puerta y el musgo que ya empezaba a crecer en los bordes a causa de la humedad marítima. Entró a la habitación y ya la primera bocanada de aire perturbó sus sentidos. El hedor era insoportable; los gases que el cuerpo de Maël había liberado inundaban todo el cuarto sin remedio. Lys se sintió mareada. Hizo un esfuerzo para mantenerse de pie y acercarse despacio hacia donde estaba el cadáver, al lado del cual había un gran saco de sal abierto. Ella introdujo la mano, mientras con la otra apoyaba la vela en el suelo, y sacó un gran puñado con el que comenzó a cubrir los orificios del cuerpo de su esposo, de los que ya había empezado a brotar un líquido viscoso y amarillento. El estómago estaba hinchado y sus extremidades, de color violáceo por la falta de circulación de sangre, contrastaban con la palidez de su rostro.

Cuando terminó de distribuir la sal, Lys volvió a tomar la cerilla y acarició la cabeza del que fuera su marido, que ahora era casi irreconocible. Algunos cabellos se desprendieron al primer contacto. A la luz de la mortecina flama, los contornos del cuerpo de Maël, entre hinchados y profundamente hendidos, generaban

extrañas sombras que parecían bailar con el fuego. Su piel estaba arrugada y apergaminada. A pesar de todo, las medidas que había tomado Lys para conservar el cadáver estaban funcionando mejor de lo que había esperado y hasta ahora la descomposición se había ralentizado.

Lys se levantó, mirando el cuerpo con tristeza, y se volteó para salir de la habitación. Entonces, de nuevo escuchó las voces que había oído tantas veces desde el fondo del mar, pero el sonido provenía desde donde estaba el cadáver. Lo miró de nuevo pero no se oyó nada más.

Supuso que habría sido su imaginación, ya que el sonido que se escuchaba afuera siempre era repetitivo. Sin embargo, cuando salió de la habitación sintió que el suelo vibraba bajo sus pies. Pensó que sería el agua filtrándose a través de resquicios en rocas subterráneas, pero la vibración la seguía mientras iba caminando. Subió las escaleras para llegar al piso superior de la residencia y la reverberación todavía la acompañaba.

Kerz Kuit, Kerz Kuit, empezó a escuchar de nuevo. El sonido empezó a acoplarse al ritmo de la vibración. Acompasado y uniforme, la fue siguiendo y rodeando hasta que llegó al comedor. Lo que parecía un desplazamiento subterráneo fue conectándose con las voces espectrales en un ensamble de ruidos que no tenía fin. En el medio del enorme salón, Lys se sentó en el suelo. Apenas extendió la palma de su mano libre sobre él, sintió un cosquilleo profundo justo por debajo. *Kerz Kuit, Kerz Kuit* decían las paredes a su alrededor. El ruido de aquellas voces la fue rodeando en un espiral indómito. Presa del miedo, su mente igual buscaba explicaciones que la instaban a no perder la poca cordura que le quedara. Lo que vibraba bajo tierra marcaba un ritmo conocido que ella no lograba identificar. Dejó apoyada su mano mientras su corazón se desbocaba en su pecho. Entonces lo entendió: latidos. Las vibraciones sonaban como latidos de un corazón que yacía en las profundidades. Como si la roca tuviera vida y la sangre corrie-

ra agitada por canales subterráneos. Pero los ruidos se movían con ella en la oscuridad de Tevenec, como si algo la estuviera persiguiendo más allá de la superficie, moviéndose a través de grietas que ella no podía ver.

Las voces seguían a su alrededor, cada vez más fuertes, y ella ya no pudo resistirlo. Empezó a correr a través de los corredores hacia su habitación, mientras la vela se apagaba y la sumía en una oscuridad más profunda e impenetrable. Cuando llegó al cuarto, cerró con fuerza la puerta tras de sí y se sentó contra la pared, al lado de su cama, con las rodillas retraídas hacia su pecho. El silencio lo invadió todo en un instante, para luego volver a la normalidad. No se escucharon más voces y por debajo de sus pies no se percibía ningún movimiento extraño. Afuera rugía el viento y las olas golpeaban las paredes y ventanas. Por primera vez, todos los pequeños ruidos del faro con sus mil quejidos la tranquilizaron. Entre las grietas de las paredes y el techo, el agua se escurría en pequeñas vertientes en su camino de regreso al mar.

Se concentró en todos los sonidos conocidos y se tomó su tiempo para volver a la calma. Sin embargo, cuando empezaba a anochecer, el ruido de un golpe seco en la distancia la sacó de su ensimismamiento. Escuchó el agua correr más cerca y abrió la puerta de su habitación para encontrarse con un pequeña corriente que discurría desde las escaleras de la torre. Empezó a caminar velozmente hacia allí, tratando de no resbalar, y contó los escalones mientras los iba subiendo. Ese era el único parámetro que le permitía asirse a la realidad y mantenerla cuerda ante la inmensidad de aquel faro maldito.

Cuarenta y un escalones hasta el depósito, donde una ventana estaba abierta de par en par frente a la tempestad de afuera. Las voces entraron de nuevo junto con el ruido de los postigos que golpeaban sin parar a merced del viento y el torrente de agua que salpicaban las olas hacia el interior del faro: *Kerz Kuit, Kerz Kuit*. Cada vez más fuerte.

Lys atravesó la cortina intermitente de agua salada que la separaba de la ventana, con los brazos delante de su cara, empapándose de pies a cabeza antes de llegar a tomar con fuerza uno de los postigos. Cuando lo consiguió, lo atrajo hacia sí y lo cerró con fuerza, y con la otra mano buscó el derecho. Mientras lo estaba cerrando, vislumbró entre la bruma y el agua arremolinada sobre la roca una figura recortada sobre el fondo blanco y celeste. Se veía como la sombra de un hombre del cual no se distinguían los rasgos, ya que el agua que se condensaba en el aire formaba un velo que lo escondía a medias. Dudó un momento y luego cerró de un golpe el postigo que faltaba, a tiempo para que una ola rompiera contra las contraventanas filtrando varios hilos de agua hacia el interior. Puso las trabas y cerró las ventanas también. El agua chorreaba desde su pelo y su ropa hacia el suelo y más allá, para sumarse al pequeño río de agua salada que corría escaleras abajo. Descansó un instante apoyando la espalda contra la ventana, mientras recuperaba el aliento. El recuerdo de la silueta recortada contra la tormenta le infundió nuevas fuerzas y siguió subiendo hasta la sala de la linterna. Contó los escalones, en los cuales había una sustancia viscosa donde algunos insectos negros y extraños se amontonaban.

De nuevo se vio parada en el escalón que debía ser el último, pero había uno más. Y estaba segura de no estar durmiendo. Quizás el accidente con la ventana la había desconcentrado y perdió la cuenta, pensó. En la sala más alta las manchas viscosas eran varias y los bichos caminaban de una a otra a grandes velocidades. Los esquivó como pudo y miró desde la vidriera hacia abajo. La figura varonil se veía con más claridad desde la altura y la observaba. En su boca había una sonrisa amplia que ella conocía bien, pero su marido estaba muerto; no podía ser. En el vendaval que abrazaba la torre se escuchaba, aún más rítmico: *Kerz Kuit, Kerz Kuit*.

Lys cerró un segundo los ojos mientras su corazón latía a un ritmo alocado y los músculos se tensaban por el miedo. Cuando

volvió a abrirlos, el hombre que parecía Maël se había movido y estaba aferrado ahora a la cruz que pusieran en la roca frente al faro años atrás luego de exorcizar el lugar sin mucho éxito. Si bien mantenía los rasgos de su esposo en el rostro, el cabello se había vuelto largo y blanco, y le pareció atisbar entre la bruma que portaba una guadaña.

El hedor del líquido extraño que había todo alrededor le dio náuseas y la hizo doblarse sobre su propio cuerpo. Cuando volvió a mirar hacia fuera, ya no había nadie en las rocas.

“Ankou”, pensó, refiriéndose al servidor de la muerte que recogía las almas de los difuntos. “Tal vez ahora viene por mí”.

Corrió escaleras abajo hasta llegar al sótano, sin importarle el agua que había entrado a la residencia. Abrió la puerta, con las voces retumbando en sus oídos y el latido vibrante que acelerándose bajo sus pies, para encontrarse con una imagen sobrecogedora: el abdomen de Maël había explotado y alrededor de su cuerpo se había formado un charco de aguas grisáceas y negruzcas que se mezclaban entre sí despidiendo un olor nauseabundo que había atraído a miles de insectos necrófagos. Estaban en todas partes, bichos alados y larvas enormes que devoraban lentamente lo que quedaba del cuerpo. Lys no pudo resistir esta visión y, con lágrimas en los ojos, se alejó de allí donde sabía que ya no estaba aquel hombre que había amado.

Las voces la siguieron, cada vez más insistentes: *Kerz Kuit*, *Kerz Kuit*. El latido tamborileaba desde lo profundo mientras Lys corría de vuelta a su habitación. Cuando llegó, casi no podía respirar y en la oscuridad reinante percibió algo que se movía a través del cuarto. *Kerz Kuit*, dijeron en su oído y se le erizó la piel de sólo considerar la cercanía de aquella criatura. Pero en las sombras parecían moverse varios seres, y cuando su vista se acostumbró más a la penumbra pudo adivinar las siluetas de varios hombres a su alrededor, de un porte similar al de su difunto marido, que seguían repitiendo la misma frase. En lo profundo de su ser reconoció en

aquellas figuras a los fareros fallecidos antes que Maël y entendió que sus lamentos pretendían que la muerte no se adueñara de ella como les había pasado a ellos incluso antes de morir.

La sombra que se movía en lo profundo del mar y entre las rocas que sostenían la construcción del faro pronto la buscaría. Después de todo, nadie la conocía mejor.

Los espectros a su alrededor fueron callándose lentamente, uno por uno, mientras el latido vibraba cada vez más lejano desde abajo y un olor fétido lo inundaba todo. Lys no resistió y las náuseas la hicieron desmayarse y caer al suelo, inconsciente.

Durante esa noche, por primera vez el faro de Tevennec no encendió su luz y los marineros que observaban con angustia desde la costa esperando la oportunidad para zarpar, temieron lo peor. A la madrugada la tormenta se deshizo con la misma velocidad que se había gestado, desintegrándose en una espesa niebla fantasmal que cubrió todo de una tranquilidad que escondía oscuras circunstancias.

Un bote pequeño partió con prisa a media mañana, aprovechando la estoa en la que el mar se mantenía quieto, y apenas estuvieron cerca de la roca de Tevennec comenzaron a sentir que la bruma transportaba olores pestilentes. Cuando pudieron desembarcar, el hedor se volvió más intenso y el silencio que lo abarcaba todo los llenó de temor. Recorrieron todas las habitaciones hasta llegar a la de Lys. Abrieron la puerta y allí, envuelta por un olor nauseabundo que trastornaba los sentidos, se encontraba la mujer sobre la cama. A un costado, rodeado por líquidos indescriptibles e incontables insectos, el cadáver de Maël descansaba sobre el suelo. La visión los horrorizó y tardaron un largo rato en envolver lo que quedaba de él y decidir, avalados ahora por la presencia de testigos, arrojar el cuerpo al mar de una vez por todas.

Cuando lo hicieron, Lys volvió de su inconsciencia por unos minutos y preguntó por su marido. La asistieron y le dijeron que

ahora descansaría en el mar; ella sonrió levemente y volvió a perder el conocimiento.

Cuando lograron trasladarla a la barca y estaban ya atravesando el peligroso estrecho del Raz de Sein, Lys les habló desde el ensueño en el que estuvo la mayor parte del viaje. Cada tanto volvía en sí, miraba el faro en la distancia y les decía que Maël había ido hasta su habitación para despedirse porque él se quedaría allí para servir a la Muerte, recogiendo las almas de los fallecidos hasta que el próximo lo relevara.

Los marineros vieron a Lys sumirse de nuevo en un profundo sueño luego de decir aquello y miraron a lo lejos, a través de la niebla cada vez más tenue, los contornos oscuros de Tevenec con su faro maldito y sus mil historias sombrías. En lo alto de la torre, sobre el balcón de la linterna, creyeron ver un farero de pie recortado contra el horizonte. Y en las profundidades del mar, bajo la roca, algo se quedó quieto una vez más, a la espera de su momento para regresar. Algo que escondería, tras la silente luz del faro, una oportunidad para volver a sumirlo todo en la oscuridad.

Visitantes

Abrió las ventanas una por una, mientras caminaba por su departamento. No demasiado; sólo lo suficiente para que entrara el viento calmo que soplaba afuera. Después de todo, era el día más frío del año. La noche más larga se avecinaba y ella podía sentirlo en lo más profundo de su ser.

Los días previos al solsticio todo había comenzado a moverse de formas extrañas. Sus sueños se habían vuelto rebuscados y un tanto perturbadores durante la última semana. Anunciaban un cambio que, ella sabía, no llegaría pronto. Y sin embargo había en el aire una energía de prisa, de inminencia. Todo parecía estar precipitándose. Pero algo le decía que aún no era el momento.

Respiró profundo con los ojos cerrados mientras abría la última ventana, en la parte frontal del living, donde haría el ritual. La brisa le acarició la cara y ella volvió a sentir la certeza de un cambio profundo que estaba gestándose, pero a la vez faltaban todavía tiempos de calma. Estaba segura. Aún había sombras que afrontar en las profundidades del invierno. Pero desde esa noche en adelante, las sombras no harían más que acortarse frente a la inevitabilidad de la luz, que seguiría extendiéndose hasta la

primavera, al compás de los días venideros.

Hacía mucho tiempo (más de un año, recordó) que no hacía un ritual. Sí mantenía la costumbre de los pequeños rituales, los que hacemos todos de vez en cuando, a veces sin darnos cuenta incluso. Pero no un ritual con todas las letras, siguiendo los pasos que tantos antes que ella habían seguido. Rituales poderosos y ancestrales, los que realmente la conectaban con su esencia mágica.

Cuando comenzó a investigar sobre la Wicca¹ para un trabajo de la facultad, sintió una conexión profunda con sus creencias y ceremonias. Las costumbres católicas de sus padres siempre le habían resultado lejanas y sin sentido. Los wiccanos, en cambio, festejaban el sol y la naturaleza como los pueblos de antaño. Ella podía sentir la magia de sus ancestros fluyendo en su interior, conectándola con un mundo nuevo en el que sabía que ya estaba inmersa hacía mucho tiempo. Sólo le faltaba descubrirlo.

Abrió los ojos y fue a buscar las herramientas que necesitaba para el ritual de Yule. Mientras lo hacía, pensó en la importancia de este sabbat² dentro de las festividades de la rueda anual: la naturaleza dormía y, bajo la tierra, la vida esperaba el momento de volver. Yule³ representaba el renacimiento del dios luego de su muerte. Celebraba el comienzo del largo camino de regreso del sol, un tiempo todavía oscuro en el que observarse y descubrirse a uno mismo antes de renacer a un nuevo ciclo, a una vida nueva. Tiempo de celebración y esperanza por la vuelta de la luz, y de introspección y recogimiento para afrontar los cambios que el futuro traería. Tiempo para gestar nuevos sueños y encender el fuego que los alimentaría en su trayecto hacia la materialización.

Mientras disponía cada elemento para preparar el altar, fue

¹Religión neopagana, vinculada con la brujería y el politeísmo.

²Festividades de estación y semiestación que dependen de los ciclos solares y de la relación del sol y la Tierra.

³Solsticio de invierno. Se celebra entre el 20 y 23 de diciembre en el Hemisferio Norte y entre el 20 y 23 de junio en el Hemisferio Sur.

concientizando qué proyectos estaban tomando forma en su interior y analizando sus propias falencias y fortalezas para lograr su concreción. Lo hizo con calma, sin apurar sus pensamientos, sino tomándose el tiempo para interiorizar lo que faltaba del proceso que recién estaba por surgir y emprender un viaje largo y profundo. Sonrió pensando en la espera y el tiempo de preparación.

Se arrodilló frente a la ventana del living y dejó con cuidado las herramientas a su lado, para empezar a acomodarlas. Esta vez decidió que no seguiría las costumbres wiccanas al pie de la letra; se dejaría llevar por su intuición. Este solsticio no era uno más, sino todo lo contrario: marcaba el comienzo del mayor cambio del año que estaba transitando. No sólo ella, pensó, sino todos estaban en espera de una tormenta que sería determinante para todo lo que vendría después. Por ese motivo le pareció apropiado hacer el ritual de acuerdo a lo que sintiera más conectado con su camino espiritual, que a veces se alejaba de la Wicca incluso y tomaba vías mucho más personales para ella.

Como Yule era una festividad representada por el fuego, decidió que crearía el círculo mágico que la protegería durante el ritual con velas. Tomó velas blancas, trece en total, y fue encendiendo cada una y acomodándolas formando un círculo perfecto a su alrededor. Al encender cada una y depositarla en su lugar, cerraba los ojos por un instante y llamaba mentalmente a los seres elementales del fuego y del agua, de la tierra y del aire. Los invocaba para que la ayudaran y la acompañaran durante la ceremonia. Cada vez que apoyaba en su lugar asignado una de las velas, sentía que el círculo se hacía más fuerte y el calor la envolvía como una manta protectora que no dejaría pasar ningún tipo de energía que no fuera bienvenida.

Desde la tierra vibran como un hormiguelo suave acariciando mis pies. En el aire se hacen viento para alejar la oscuridad. Con la lluvia tejen mareas descontroladas que me invitan a sentir y conectarme. Entre las llamas camino para iluminar la más larga

de las noches.

En la parte frontal del círculo, que estaba cerca de la ventana, colocó una estatua pequeña. En ella estaba representado un dios robusto con cabeza de elefante. Cuatro brazos salían de su torso, cada uno sosteniendo sus atributos característicos: un plato de dulces en ofrenda como recompensa de la búsqueda de sadhana⁴, una mano abierta y expuesta hacia adelante mostrando una esvástica en señal de protección divina, el caracol que guarda el sagrado sonido del Om, la aguijada para quitar los obstáculos del camino del dharma⁵.

Ganesh, que brillas como un millón de soles, ilumina mi camino, liberándolo siempre de obstáculos.

Tomó otra estatuilla con la forma de un gran tigre con las fauces abiertas como si estuviera emitiendo un rugido. Bajo sus pies había espirales nubosos que representaban el aire, el elemento que lo caracterizaba. Lo acomodó a la derecha.

Te invoco, Byakko⁶, para que con tu luz blanca acompañes mis pasos y con tu rugir me ayudes a afrontar la tormenta que se aproxima.

Sacó de un frasco de vidrio lo que había recolectado en el parque a la tarde: hojas secas, piñas, retazos de corteza, flores y ramitas de pino. Dejó algunas a los pies de Ganesh, otras a los pies del tigre blanco, y puso las que sobraron dentro de un recipiente de vidrio. Allí dentro también introdujo un papel que guardaba lo que quería dejar atrás, y lo apoyó a la izquierda de Byakko.

Me libero del miedo para mirar hacia delante y dejo atrás lo que ya no necesito. Abrazo los tiempos más oscuros con la certeza

⁴Término sánscrito que para el budismo, el hinduismo y el sijismo significa “práctica espiritual”.

⁵Término sánscrito que significa “religión” o “ley religiosa”.

⁶Término japonés que significa “tigre blanco”. Uno de los cuatro monstruos divinos que representan los puntos cardinales en la mitología japonesa.

de un pronto amanecer.

Más cerca de donde ella iba a sentarse acomodó un pequeño cuaderno de hojas recicladas y, sobre él, una cruz celta labrada. En su interior varias líneas color plata se entrelazaban formando intrincados nudos célticos que seguían también en el círculo central que representaba al sol. Pasó sus dedos sobre el símbolo y se dispuso a colocar lo último: representaciones de los cuatro elementos para anclar sus prácticas en este plano.

Delante de Ganesh colocó un cuenco con agua, prendió una vela más que acomodó cerca de la estatuilla del tigre para representar al fuego y un sahumero que representaría el aire, el cual puso sobre el recipiente con frutas. Decidió que este último sería el que representara a la tierra.

Ya todo estaba en su lugar. Sólo faltaba ella. Se acomodó sobre las rodillas, apoyó los empeines en el piso y se sentó sobre sus talones. Dejó las manos suavemente apoyadas sobre sus muslos con las palmas hacia arriba en señal de entrega. Cerró los ojos, enderezó los hombros hacia atrás e inspiró profundamente. Retuvo su respiración unos segundos y luego fue exhalando suavemente. Sintió cómo el aire recorría el interior de su cuerpo y le insuflaba vida y tranquilidad.

Inhaló y exhaló varias veces, sumamente consciente de cada respiración, hasta que sintió que se había relajado por completo. Buscó dentro de sí los rastros de una sombra que la seguía a menudo y no le costó encontrarla. La visualizó en su mente y la enfrentó, sin luchar ni resistirse. Sólo la observó retorcerse frente a ella. Sus afilados contornos se fundían con los alrededores. Desaparecía por momentos y volvía a su posición.

Pronto vio cómo algunos destellos de luz iban atravesando la sombra y seguían su camino hacia ella. La sombra, en la oscuridad, ya no parecía tan amenazante.

Desde la oscuridad del invierno, le doy la bienvenida al sol que

vuelve, porque de la oscuridad nace la luz y del vacío emerge la realización. La noche más larga del año está en el umbral. Abro la puerta para honrar la oscuridad.

La sombra se recluyó a otro lugar que ella no pudo ver. Se sintió más liviana y el sol del atardecer que entraba por la ventana entibió su piel.

Los dioses llegaron poco a poco y se sentaron a su lado. Sus ojos miraban en otra dimensión, que no era su living pero a la vez lo era. Allí vio llegar al tigre blanco, el guardián del oeste a quien había invocado. Un rugido grave llegó a sus oídos y al mismo tiempo escuchó un trueno en la distancia. Una tormenta se aproximaba. Sin embargo, ella sabía bien que afuera seguía brillando el sol. Byakko se estiró como un gigantesco gato y se sentó a un lado del círculo que ella había conjurado.

Ganesh se acercó también y con su intensa presencia inundó la habitación. Ella sintió que todos sus problemas se alejaban y soltó el aire con fuerza, mientras se liberaba de un peso que ni siquiera sabía que cargaba. El dios adoptó una postura de meditación y se dedicó a acompañar el ritual.

Aparecieron guardianes que ella recordaba de su infancia. Un perro negro de gran tamaño se recostó apoyándose en su pierna derecha. Detrás suyo, un ángel envuelto en ropas blancas y celestes se quedó de pie. Sus alas desplegadas casi tocaban el techo. Vio a un chico con el cabello rubio hasta los hombros y rasgos muy parecidos a los de ella, que se sentó a su izquierda y copió su postura. Allí donde alcanzaban sus ojos pudo ver pequeños seres bailando en las llamas de las velas, en el humo del sahumero y sobre el cuenco del agua. Salamandras, hadas, sílfides y ondinas revoloteaban en los alrededores protegiendo el círculo.

Ella se sintió sostenida por una fuerza más allá de sí. Una energía particular la envolvió y a la vez se hizo parte de ella. En su interior había un mundo en espiral que giraba por siempre

dentro de un universo de inagotable magia.

Con los ojos cerrados, en un estado de quietud que no conseguía a menudo, pudo ver los pájaros a lo lejos, que le recordaron cómo se sentía el viento al pasar entre sus alas. Pudo conectarse con las rocas en el río, aún más lejos, que le contaron cómo era el ruido del agua escurriéndose entre ellas a toda velocidad. En una plaza un niño cantaba una canción que no sabía y se apoyaba en un árbol para escuchar un cuento hecho de hojas y crujidos. Sintió la ferocidad del mar en sus pies y la arena hundiéndose en las profundidades. Pronto el suelo se esfumó y en un bosque encontró un lince que la miró a los ojos y más allá de ellos, y le reveló su verdadero nombre. Luego atrapó un zorro que pasó muy cerca y lo devoró frente a ella. Se alejó todavía más y una cascada se abrió paso sobre la roca de una montaña, y la música del agua fluyendo a través de miles de grietas la embriagó y viajó con ella desde entonces. Y todas las historias le enseñaron que en verdad todo estaba cerca cuando el alma vibraba en armonía con la naturaleza y sus suaves respiraciones.

Ella estaba quieta en su living, respirando aires de lugares distantes y lugares inexistentes, pero su alma se agitaba sin control en busca de una oportunidad para frenar el torbellino a su alrededor.

De pronto, todo se detuvo. Todo volvió repentinamente a la calma. Ella abrió los ojos y en ellos la calma se había asentado también. Pero en su interior se había encendido un fuego que ardería aun en la oscuridad del invierno que comenzaba.

Cae la noche en la profundidad del Universo. Los astros brillan y los animales duermen. Nuestros sueños viajan por el mundo buscando un lugar para renacer.

Ciruelas

“Mi alma es tan cierta como el hueso de una ciruela. No conozco los juegos del corazón. (...) Cuanto quiero decir está en las frases hechas. No abuso de la desesperación porque no es mía, sólo la guardo en depósito y por un tiempo entre mis manos.” Wislawa Szymborska

La casa estaba en un lugar recluso de la ciudad. Era una construcción victoriana de imponente apariencia y colores apagados. Las ventanas eran grandes, con cristales teñidos de oscuridad por el paso del tiempo. Tras un ventanal más grande aún se veía una silueta de mujer.

Maurea vivía sola, excepto por el bebé que cargaba en brazos. Los vecinos sabían que algo no estaba bien con ella. Ella también sabía que algo no estaba bien. Cargaba al niño a través del salón más grande donde el desorden se había adueñado por completo del lugar. El piso estaba lleno de recortes, de notas manuscritas. Había hojas de árboles del patio que el otoño había dejado entrar. Las paredes y el suelo estaban manchados de sangre que nadie había siquiera intentado limpiar. Ahora ya era demasiado tarde.

En una pared, garabateado sobre el antiguo empapelado que

cubría toda la habitación, había una frase escrita apenas comprensible: “El amor es como un cesto de ciruelas maduras”. Ella ya no recordaba qué significaba, ni quién lo había escrito (quizá había sido ella misma); pero abajo, en el suelo, había un cesto con ciruelas maduras que reponía a diario. Se detuvo en medio del salón y, con cuidado, se sentó en el piso. Sus jeans estaban rotos y desgastados, cubiertos de pintura seca y de sangre húmeda. Acercó al bebé a su pecho mirándolo a los ojos, y le cantó una canción de cuna que no recordaba conocer.

Escuchó el viento aullar entre los árboles y agradeció tener un lugar donde refugiarse aunque estuviera cayéndose a pedazos. El mundo era escalofriante y violento. Afuera nunca se había sentido segura. Sin embargo, a veces se preguntaba si esa casa era el mejor lugar. Ni siquiera recordaba cómo había llegado allí, pero de eso hacía tanto tiempo que ya no importaba.

En una de las ventanas más pequeñas, que era redonda, había un gato gris. Entró un día sin pedir permiso; ella no sabía de dónde había venido. No era muy sociable. Era silencioso y solitario, pero tenía unas manchitas blancas en la nariz que a veces la hacían sonreír.

Trató de pensar cómo suicidarse ese día. Cada vez era más difícil pensar en un modo original de acabar con su vida. Los vecinos estaban cansados de sus escenas, como ellos les llamaban. Creían que Maurea estaba buscando una excusa para llamar la atención. Ya muchas veces pensaron que había muerto y a las pocas horas ya estaba bien. Bien porque no estaba muerta, lo cual, sobre todo en este caso, dependía profundamente de la perspectiva.

Nadie entendía cómo. Tampoco ella. Habían visto las heridas abiertas y desgarradas, el corazón en silencio de muerte. Pero con el tiempo se conformaron con la suposición de que Maurea simplemente era una muy buena actriz. Nadie consideró que aunque no estuviera muerta, quizá las heridas eran de verdad.

La gente se cansa de las cosas que no comprende. Eso lo aprendió por las malas. Pero también aprendió a convivir con su dolor y con sus ciclos de muerte y resurrección. Por algún motivo no podía morir y estaba aprendiendo a aceptarlo. Eso no implicaba que no quisiera morir, pero al menos estaba intentando.

Dejó al bebé en el suelo y se acercó a un espejo que ocupaba casi toda una pared. Su rostro estaba marcado de cicatrices viejas. Sus ojeras evidenciaban las noches sin dormir. Su pelo muy corto estaba despeinado y sucio, pero no le importaba. Hacía tiempo que todo lo importante había perdido color y que no se reconocía en la imagen que reflejaba.

Decidió que la mejor opción era cortarse las venas. Era rápido y efectivo, y bien podía montar la escena para ella misma ahora que ya nadie vendría a chequear qué había pasado. Eso significaba que tampoco le dirían que todo era mentira.

Entró a un baño antiguo, puso a llenar la bañera de agua caliente y se sentó en el piso con las rodillas abrazadas hacia el pecho mientras apretaba los ojos para no llorar. Se preguntó cuándo habría sido el momento exacto en que su vida había entrado en este caótico sinsentido y no pudo recordarlo. Sus emociones la abrumaban y lo único que percibía era que se sentía vacía y sola.

Escuchó el llanto del niño en la distancia. Pensó, como tantas veces, si él querría morir. Y, más importante aún: si podría morir. Hizo un enorme esfuerzo para levantarse y volver al salón. Lo levantó del suelo manchado de sangre y lo llevó con ella de vuelta al baño. Sus alaridos eran desgarradores, pero no se movía en absoluto. Lo dejó en el suelo cerca de la puerta y el niño fue sumiéndose poco a poco en el silencio.

Maurea cerró la canilla, se desvistió y se metió en el agua. Su cuerpo estaba marcado de sangre de viejas heridas, que se deshizo en el agua tiñéndola de un rosa pálido y descolorido. El calor del agua sobre la carne abierta la hizo aferrarse con fuerza a los bordes

de la bañera mientras sollozaba en silencio. No por el dolor; tal vez era sólo un reflejo.

Miró al bebé en el rincón y decidió que no podía saber si quería morir, así que desestimó la idea. Tomó la navaja que cargaba siempre en sus jeans y comenzó a apretar la cuchilla sobre su piel. Atravesó sus venas desde la muñeca hasta la mitad del antebrazo izquierdo, mientras la sangre brotaba incontenible y caía al agua en gotas pesadas que luego dibujaban líneas incomprensibles. Maura ya casi no se percataba del dolor. Había llegado a aceptarlo como parte de un ritual que no entendía pero a la vez era ineludible. Tomó la navaja con la mano izquierda y cortó la piel de su muñeca derecha. Siempre era más difícil; no sólo porque no era su mano hábil sino porque la sangre que ya había perdido empezaba a afectar sus sentidos. Se sintió mareada y fue perdiendo la sensibilidad en los dedos de las manos y los pies. La navaja cayó al suelo y salpicó de sangre nueva las paredes y los mosaicos. Ya había manchas salpicadas en todo el baño de sus intentos anteriores.

Se dejó caer en ese espacio intermedio entre la vida y la muerte. El único lugar donde estaba lejos de cualquier dolor, donde todo era efímero y ordenado. Ahí no sentía que tuviera que ocupar un lugar que no estaba ocupando. No se sentía tan lejos de todo lo que el mundo esperaba de ella. La muerte era real y, aunque los demás no lo entendieran, ella sabía que había muerto. Pero la certeza de volver de allí parecía desestimar su propio sufrimiento. Quería mantenerse ahí, donde no tenía que preocuparse por su caos ni por la incomprensión del resto de las personas, pero eso duraba un instante.

Poco a poco sintió cómo la sangre volvía a recorrer sus venas. Se dejó llevar por la inercia de la vida que volvía a atravesar su cuerpo. Abrió suavemente los ojos que se le habían cerrado y tomó la primer bocanada de aire. Los olores la invadieron muy rápido y sintió náuseas. Miró sus muñecas para cerciorarse de que las heridas estaban ahí, de que todo era real. Y así era. Las venas estaban

abiertas y de nuevo le produjeron dolor. Un dolor punzante y lejano, como un ruido de fondo. La piel se fruncía hacia los costados creando formas extrañas y retorcidas. Todo estaba inflamado y la sangre seguía fluyendo despacio. De tanto intentarlo, las heridas no llegaban nunca a cicatrizar. Los surcos se marcaban más y cada intento anterior vivía ahí en el revoltijo de carne, piel y sangre nueva y vieja.

La piel del resto de su cuerpo se había arrugado un poco por el tiempo que estuvo en el agua. Cuando logró ver con claridad, miró adonde había dejado al niño, que ahora parecía dormir profundamente. Se fue moviendo lentamente. Sacó una pierna a un costado de la bañera y luego la otra. Quedaron colgando a un lado y apoyó la nuca en el otro lateral de la bañera. El agua había tomado un color rojo tan profundo que parecía volverse negro hacia el fondo.

Cerró los ojos durante unos instantes, hasta que estuvo lista para salir. De sus pies había caído agua y sangre que manchó aún más el piso, y al enderezarse se quedó contemplando las líneas que se iban formando en su cuerpo mientras la sangre caía, goteando por sus brazos y piernas hasta el suelo, ensanchando el charco sanguinolento bajo sus pies. A lo largo de los espacios que recorrían las gotas empezaba a vislumbrarse su piel blanca otra vez. Húmeda, manchada, pero la misma que antes. Pasó la palma de sus manos por sus brazos y por su cara para que la piel no perdiera ese color nauseabundo que recordaba la muerte.

Tomó la ropa interior de color crema que se había sacado un rato antes y se la puso, sin importarle mancharla con la sangre que cubría su cuerpo. Se acercó al rincón más cercano a la puerta y levantó al bebé. Abrió la puerta y salió del baño en dirección al salón. Sus pasos eran lentos, avanzaba poco a poco, como sopeando cada movimiento. Sus pies dejaban marcas rojas en el suelo que pisaba y en todos los papeles y fotos que había desperdigados por todo el lugar.

Cuando llegó al living vio que la luz del sol entraba por el

ventanal y el gato gris miraba hacia fuera sentado en el alféizar. Fue hasta donde estaba el cesto con las ciruelas y lo miró unos instantes; luego miró la frase en la pared y se agachó para apoyar al bebé en el suelo. No se molestó por correr las cosas que había cubriéndolo todo.

Se sentó en el suelo y cruzó las piernas. Estuvo quieta unos minutos hasta decidirse a tomar la cesta entre sus manos y apoyarla sobre sus piernas cruzadas. Pasó la mano derecha por su cabello, dejando rastros rojizos allí también. La otra mano buscó tocar una de las ciruelas y con uno de sus dedos apretó suavemente para chequear qué tan madura estaba. La piel morada de la fruta se hundió unos milímetros sin esfuerzo, y ella sonrió. Apretó más y con la uña rasgó la cáscara; un hilo de jugo violáceo bajó por su dedo. Maurea agarró la ciruela con ambas manos, manteniéndola todavía dentro del cesto, y amasó con fuerza mientras veía chorrear el líquido hacia sus muñecas y también más abajo, hacia la cesta. Tomó otra ciruela y otra más, y las presionó contra el mimbre, que se fue tiñendo de morado. El jugo fresco pasó más allá, atravesó su contenedor para llegar hasta las piernas de Maurea, y de ahí siguió su camino hacia el suelo.

Ella soltó las frutas un momento y con sus manos teñidas de su color acarició su pecho, sus mejillas y su rubio cabello que se fue tornando de un color irreproducible. Volvió a exprimir en sus manos el resto de las ciruelas. Dejó que el líquido manchara el suelo, la cesta, su cabello, su cuerpo entero. Cuando ya ninguna ciruela parecía contener más jugo, pasó sus manos sobre sus párpados. Se manchó de violeta la nariz y los labios y las mejillas.

Miró al ventanal, desde donde el gato gris ahora la observaba fijamente, y vio el sol de nuevo. Quiso salir.

Dejó la cesta a un lado, que siguió chorreando líquido violáceo unos minutos más. Se paró y levantó al bebé del suelo. Lo acunó en sus brazos y lo miró a los ojos, acariciando su mejilla, que se tiñó también del color de las ciruelas. Al abrazarlo también lo estaba

manchando.

Se acercó a la entrada de la casa y salió. Sabía que hacía frío pero no le interesó abrigarse o incluso vestirse. Sabía que los vecinos no se alterarían. Ya no. “Cada día agrega algo más a su escenita macabra”, dirían quizá. Ella no entendía en absoluto ese afán de la gente por no creer lo que estaban viendo, esa insistencia de creer que ella estaba inventándose un cuento, sólo para no enfrentarse al terror real que la situación podría causarles.

Maurea abrió la puerta, por primera vez en mucho tiempo, y salió al exterior con determinación, aún cargando al niño en brazos. Frente a su casa, un vecino regaba el césped de su jardín frontal. La miró de reojo, suspiró y siguió sin volver a prestarle atención. Otra vecina pasó con su hija de unos cinco años justo por su vereda. La miró inquisitivamente, como regañándola. La niña la miró y Maurea supo que de verdad la estaba viendo. Más aún: pudo ver en el interior de esa niña y percibir que también se sentía sola. La madre la agarró con fuerza del brazo para seguir su camino.

Con dolor, Maurea descubrió que estaba llorando. Las lágrimas recorrían sus mejillas y desdibujaban los restos de sangre y jugo de ciruelas. Rodeó la casa y llegó hasta un árbol grande que había en el patio. Apoyó al bebé en la tierra cerca de las raíces salientes del árbol. Se alejó unos pocos pasos y se agachó en el suelo. En el piso había hojas secas y hojas verdes, tierra floja y ramitas que el árbol había perdido. Con la palma de la mano extendida, Maurea quitó lo que estaba encima hacia los costados. Fue sacando todo hasta que quedó un espacio de tierra limpia con forma de óvalo, más o menos de su tamaño. Miró el lugar que había liberado y se sentó en el medio. Con las manos ensangrentadas comenzó a escarbar la tierra. Primero despacio pero sus movimientos fueron acelerándose y volviéndose más rítmicos.

Fue excavando cada vez más profundo. Sus dedos empezaron a cortarse por la fuerza con la que sacaba la tierra. Sus uñas se

quebraron también. Sangre nueva empezó a brotar de sus dedos. Se mezcló con la tierra que tenía pegada en las manos y con la que estaba en el pozo que seguía cavando. Se mezcló con la sangre que ya estaba seca sobre su cuerpo y sus muñecas, y con el jugo de ciruelas que también había empezado a secarse.

No sentía el dolor. Hacía mucho tiempo que ya nada podía lastimar su cuerpo; no realmente. Así que siguió profundizando el hueco en la tierra bajo el árbol, dejando partes de sí misma en el proceso.

Después de un rato, se frenó de golpe. Observó el pozo y supo que estaba listo. Se paró y se limpió la tierra ensangrentada de las manos sobre los muslos. Introdujo una pierna en el hueco y después todo el cuerpo. Dudó un momento y con cuidado se recostó sobre la tierra, que allí abajo estaba húmeda. Su sudor se mezcló con todo lo que su piel estaba cargando, y fue traspasándose al suelo.

Cerró los ojos y pensó en quedarse ahí para siempre. Sintió cómo su cabello se apoyaba en la tierra y se ensuciaba también. Las heridas sin cicatrizar en su cuerpo se habían multiplicado todavía más y le ardían un poco al entrar en contacto con las partículas de polvo.

De repente sintió frío y recordó que era invierno. Hasta ese momento no lo había notado. Se sentó aún dentro del pozo y miró hacia arriba. Tomó aire y lentamente se enderezó para salir. Tuvo que trepar un poco. Cuando llegó arriba se acordó del bebé y lo miró sin saber muy bien qué hacer con él.

El viento empezó a soplar más fuerte y Maurea tomó una decisión. Caminó despacio hasta el árbol y agarró al niño con las dos manos. Lo llevó hasta el pozo y lo sostuvo sobre él, mirándolo fijamente. Esperó unos segundos, como si necesitara una señal que la avalara, y aflojó las manos, dejando que el bebé cayera sobre la tierra con un golpe seco. El niño no gritó, no emitió sonido alguno. De hecho, no era un niño: era un muñeco. Su expresión era inmóvil

y para nada humana. Nunca había sido un bebé.

Recién entonces Maurea logró entenderlo. Miró dentro del pozo y lloró un poco. Sintió que algo había muerto. Algo que quizá nunca había estado vivo. Sacó fuerzas de donde no tenía para volver la tierra a su lugar. Muy despacio fue arrastrando todo lo que había sacado, con delicadeza, como si fuera parte de un ritual. El muñeco no tardó mucho en quedar tapado por completo. Mantuvo el mismo ritmo sereno y mecánico hasta que toda la tierra estuvo de nuevo en su lugar. Cuando terminó, se arrodilló a un lado y apretó los párpados con fuerza mientras con las manos se aferraba a los brazos que había cruzado sobre su pecho.

Estuvo quieta un tiempo que le pareció eterno, hasta que se le empezaron a dormir las piernas. Entonces abrió los ojos; el brillo del sol le molestó un poco. Se levantó y, sin mirar atrás, caminó hasta la casa de nuevo. Entró y cerró la puerta detrás de sí.

En el salón, el gato gris estaba durmiendo plácidamente dentro de la cesta teñida de colores violáceos donde habían estado las ciruelas.

Maurea sintió cómo el cansancio se adueñaba de todo su cuerpo y, sin dudarle, se acostó sobre su costado en medio del cuarto. Cerró los ojos y se durmió sintiendo que se despertaría en otra vida. Y entendió lo que no había entendido hasta entonces: que el amor es como un cesto de ciruelas maduras.

Dentro del Viento

A Neil Gaiman: Gracias. Por todo. Y por Sueño.

La luna se veía gigante. Si en realidad se hubiera visto así de grande, creo que habría cegado a la humanidad por completo. Su intensa luz plateaba la arena que lo cubría todo. La noche, sin embargo, era oscura y ella caminaba sola. Tenía un vestido azul que ondeaba al viento y se enroscaba con su cabello al andar. Siempre allí su pelo era más largo.

Anduvo muchos kilómetros con los pies descalzos sobre ese paisaje devastador. Anduvo sin saber adónde iba ni cómo había llegado ahí. Anduvo sola siempre, sin cruzarse con nadie más. Anduvo como si el tiempo no existiera y ella no pudiera hacer más que seguir adelante, seguir avanzando, seguir un camino que no estaba marcado y nadie conocía.

El viento era frío y traía historias, voces, melodías extrañas. Ella trataba de no escuchar y se concentraba en avanzar sin descanso. No sabía por qué caminaba o hacia dónde, pero sabía que era todo lo que podía hacer.

-Es increíble lo que puedes hacer con una vida-. La voz se

escuchaba tenue en la distancia, pero su claridad era infinita. La mujer filosofaba sin esperar respuestas. - . Puedes ser un traidor y matar a tu mejor amigo, o puedes convertirte en el cantante de rock más amado de la historia de la humanidad. Y todo primero es un sueño, antes de volverse realidad. A veces te envidio un poco - .

La voz calló. Del otro lado alguien escuchaba. Su silencio era tangible como la arena bajo sus pies. La joven tuvo miedo de morir. Sin motivo, sin sentido alguno, de repente le sobrevino un profundo temor, como si su vida estuviera acabando ahí mismo. Volvió a no escuchar, a enfocarse, respiró profundo y siguió adelante. La inmensidad del desierto era tan grande que la abrumaba. Y la luna gigante en el horizonte intentaba convencerla de que todo aquello no estaba sucediendo.

Pasó incontables horas caminando en ese lugar de delirio hasta que, ya sin fuerzas, cayó al suelo. La arena estaba tan fría como la noche y su conciencia se desvanecía. Intentó mantenerse despierta pero el cansancio era demasiado y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, sintió que habían pasado varios días desde que se había desmayado. Pero el tiempo allí era tan incomprensible que casi estaba segura de equivocarse. Miró a su alrededor y unas botas negras llamaron su atención. Cuando miró hacia arriba, vio a un hombre muy alto, con una capa larga que se apoyaba sobre la arena tras él. El miedo la invadió sin remedio y pensó en huir. El pálido ser la detuvo poniéndose frente a ella.

—No vas a morir —dijo por fin—. Escuchaste una conversación que no deberías haber escuchado, eso es todo. ¿Qué es lo que quieres?

Ella se quedó inmóvil, sin comprender. Pensó por qué él le habría preguntado eso y quién sería. Y él habló de nuevo, como si sus labios hubieran dicho sus pensamientos en voz alta.

—Soy el rey de los Sueños y estas tierras son mis dominios.

Lo que ves y lo que no ves. En continuo cambio y movimiento, sobre todo aquí en las Zonas Cambiantes o, como a los humanos les gusta llamarlas: los Lugares Blandos—dijo; ella estaba muda y lo miró, perpleja. El pálido ser suspiró visiblemente frustrado y siguió hablando lentamente con voz grave—. Es curioso que nos encontráramos aquí, en un lugar que no es ningún lugar, donde el tiempo se encoge para luego volver a extenderse más adelante. Aquí convergen muchas eras y muchos sitios. Y aquí estoy. Tú me llamaste.

La joven lo miró y sintió que comprendía aún menos, si eso era posible. Tuvo la impresión de que todo a su alrededor era borroso de pronto y se cubría de una neblina particular. Pero a veces, al desvanecerse los contornos de lo real, podemos ver con más claridad hacia adentro.

Ella se recordó a sí misma sentada en su cama, mirando la pared con lágrimas en los ojos, sintiendo que toda su vida desaparecía frente a ella. Recordó las semanas previas, en las cuales trabajaba furiosamente en un manuscrito que sólo contaba con páginas en blanco o llenas de manchas de tinta sin sentido. La sensación de haber perdido todo la embargó de nuevo; pensó que nunca podría volver a escribir y que nada podía hacer para recuperar su arte, que era lo que la mantenía viva y lo que daba sentido a toda su existencia. Sin eso, no era nada. Un manojo de huesos sin propósito. Un barco a la deriva al que no le quedaba más que naufragar.

—¿Y bien? —La voz de Sueño la sacó de su ensimismamiento. Su capa se fundía con la niebla y parecía estar hecha de la misma noche, con estrellas brillando aquí y allá que desaparecían al primer parpadeo—. ¿Qué es lo que quieres?

Ella dudó, se secó de las mejillas las lágrimas que no recordaba haber derramado y lo miró a los ojos, que parecían dos cuencos profundos llenos de oscuridad, con pequeños destellos de luz en la lejanía.

—Perdí mi habilidad para crear —dijo—, y con ella mi creatividad, mi razón de vivir y mi propósito. Me siento vacía y sin sentido. Necesito encontrar mi centro otra vez.

El viento levantaba con fuerza las arenas de ese desierto mutable y extraño, y hacía remolinos dorados alrededor de ellos. Sueño se quedó mirando uno en particular que se mantenía un poco más estable que los demás. Parecía perdido en los más profundos pensamientos.

—Tu centro no es un lugar que puedas encontrar. Está sometido a los vientos del Universo —dijo mirando un punto a lo lejos—. Cambia y se retuerce sobre sí mismo. Desaparece a veces, y vuelve en el momento menos esperado. Muchas veces lo buscaste lejos cuando estaba dentro de ti, y cuando miraste allí, ya no estaba. Tendrás que crear tu propio camino para llegar a él, y destruirlo después para empezarlo de nuevo porque nunca estará en el mismo lugar —la miró a ella nuevamente; su mirada era tan intensa que le costaba sostenerla—. Tu centro es el sueño.

Ella pudo sentir sus palabras muy dentro de su cuerpo. Sintió resonar toda la fuerza de esa verdad en sus huesos, en lo más recóndito de su ser. Supo que Morfeo no mentía y empezó a entender de nuevo el sentido de las cosas. Volvió a sentirse completa y conectada. Al mismo tiempo algo empezó a agitarse en su interior. El viento de afuera ya no parecía tan fuerte en comparación con el aire que hacía remolinos en su estómago.

Y recordó un ser etéreo en la oscuridad, que la llamaba desde lejos. Su voz no tenía suficiente fuerza y a ella le costaba rastrear su origen. Pero siempre estaba ahí; más cerca o más lejos pero siempre estaba con ella. Sueño habló de nuevo como si hubiera escuchado lo que ella pensaba.

—Es una parte de ti la que te busca.

Ella miró hacia delante y vio la arena arremolinarse impidiéndole la visión. Pero al otro lado se veía una figura muy clara. Sus

contornos eran borrosos y sus facciones, irreconocibles; pero estaba frente a ella a pocos metros.

El corazón de la joven volvió a contraerse en su pecho y las lágrimas brotaron en silencio de sus ojos, marcando de sal su rostro. La necesidad de abrazarlo era incontenible, y supo sin verlo que, a través de la niebla, él también lloraba.

—No pueden verse aún, pero están siguiendo el mismo camino —siguió el rey de los Sueños—. Sólo que cambia constantemente, más aún al no estar ustedes en equilibrio. Pero la niebla se disipará pronto. Los tiempos también están cambiando y aquí se están decidiendo y reafirmando muchos senderos. Tendrás que saber ver hacia adelante, aunque nada sea claro, y esperar. Hay un tiempo para cada encuentro.

Ella lo miró y secó sus lágrimas mientras asentía. Luego volvió a mirar hacia adelante, hacia la arena que no dejaba de agitarse en el aire frente a ella. Respiró profundo y aceptó que no podría avanzar hasta que no fuera el momento. Después cerró los ojos por unos segundos y con una mano atravesó la niebla dorada. El viento era fuerte y la arena cortaba su piel; el dolor era demasiado. Y esperó creyendo que esperaba en vano. Cuando estuvo a punto de retroceder, él tomó su mano dentro del viento. Y se sostuvieron por un instante, en ese lugar que pronto no sería más que un recuerdo.